



KATHERINE  
GOVIER

LA HIJA DEL  
DIBUJANTE

algaida  
INTER

Título original: *The Printmaker's Daughter*

Primera edición: 2014

© Katherine Govier, 2011

© de la traducción: Lorenzo Luengo, 2014

© Algaida Editores, 2014

Avda. San Francisco Javier, 22

41018 Sevilla

Teléfono 95 465 23 11. Telefax 95 465 62 54

e-mail: [algaida@algaida.es](mailto:algaida@algaida.es)

Composición: REGA

ISBN: 978-84-9877-974-5

Depósito legal: Se-13-2014

Impreso en España-Printed in Spain

Reservados todos los derechos. El contenido de esta obra está protegido por la Ley, que establece penas de prisión y/o multas, además de las correspondientes indemnizaciones por daños y perjuicios, para quienes reprodujeren, plagiaren, distribuyeren o comunicaren públicamente, en todo o en parte, una obra literaria, artística o científica, o su transformación, interpretación o ejecución artística fijada en cualquier tipo de soporte o comunicada a través de cualquier medio, sin la preceptiva autorización.

# ÍNDICE

## PARTE 1

1. Presentación del fantasma . . . . .	15
2. Edo, 1800 . . . . .	18
3. Las siete estrellas . . . . .	28
4. La Yakko . . . . .	47
5. El cuentacuentos . . . . .	64
6. La Esquina Tamaya . . . . .	74
7. Los Poetas Locos . . . . .	89
8. La lección de baile . . . . .	109
9. Adiós . . . . .	117

## PARTE 2

10. Rumbo al mar . . . . .	135
11. Bárbaros . . . . .	147
12. Las olas . . . . .	157
13. De nuevo en casa . . . . .	168
14. Pillada . . . . .	180
15. El ciego . . . . .	194

PARTE 3

16. Sanba . . . . .	217
17. Manías . . . . .	227
18. Teatro . . . . .	236
19. La competición de pintura . . . . .	258
20. Discípulos. . . . .	273
21. Marido . . . . .	291
22. Familia . . . . .	302

PARTE 4

23. Von Siebold en Nagasaki, 1823. . . . .	321
24. Encuentro. . . . .	340
25. El regalo . . . . .	351
26. Años oscuros . . . . .	368
27. Huida . . . . .	382

PARTE 5

28. Días de oscuridad . . . . .	403
29. Dibujos cómicos. . . . .	424
30. El signo de las noctámbulas. . . . .	434
31. Disculpas . . . . .	450
32. Los Dieciocho . . . . .	462
33. Obuse . . . . .	474
34. Exorcismos. . . . .	484
35. Año Nuevo, 1849. . . . .	493
36. Amigos . . . . .	504
37. Deshíjame. . . . .	514

PARTE 6

38. Las campanillas . . . . .	527
39. Batallas . . . . .	537
40. Barcos negros. . . . .	548
41. Tareas domésticas. . . . .	555
42. Champán . . . . .	565
43. El siluro . . . . .	578
44. Secuelas . . . . .	588
45. Poultry Lane. . . . .	598
46. Mariposas blancas . . . . .	611
47. Cripta . . . . .	626
Apéndice: ¿Quién era la hija del dibujante? . . .	629
Agradecimientos . . . . .	665
Glosario de términos . . . . .	669



*Para Nick*



# *PARTE 1*



1

PRESENTACIÓN DEL FANTASMA

—¡E Y, TÚ! ¡SÍ, TÚ, LA DE LA BARBILLA ENORME!  
¡Oei!  
Me está llamando.

No le respondo. Aún no.

Humedezco la punta del pincel en el tintero.

Dejo que se hunda. Lo saco, le doy la vuelta y vuelvo a sumergirlo en la tinta. Entonces lo levanto y le doy un golpecito.

Presiono su extremo contra el borde del cuenco, retorciéndolo para que la tinta se escurra hacia la punta de las cerdas y goteen de nuevo en esa pequeña laguna oscura, imperterrita. De nuevo presiono el pincel en la tinta, aplastándolo contra el fondo del cuenco y haciéndolo girar.

—¡No aprietes tanto! —barbota el Viejo.

Le enseño los dientes.

—Cállate, Viejo.

Se ríe. Cree que me ha distraído.

Pero mi mano se emplea con el mayor encono. Para fastidiar al Viejo, aprieto durante un minuto. Levanto el pincel del cuenco. Ni una gota se escurre por su punta, y sus cerdas

no están hinchadas, sino totalmente húmedas. Sostengo el pincel sobre el papel, manteniéndolo en un perfecto equilibrio entre mis dedos. Lo levanto y lo vuelvo a bajar con suma delicadeza, como dejándole tomar aire, y luego apoyo la punta sobre el papel. Comienzo a trazar las suaves líneas que caracterizan el crecimiento del cabello en la nuca de la cortesana. Él no tiene la paciencia necesaria para hacerlo, y tampoco un pulso suficientemente firme.

—¡Oei!

No respondo. Mantengo una absoluta concentración.

Mi nombre es Oei. Katsushika Oei. El patronímico de Katsushika lo adopté en recuerdo del lugar en el que nació mi padre. Oei es un juego de palabras derivado del apodo con el que él suele llamarme: «¡Ey, tú!». Pero tengo otros nombres: Ago-Ago —fue también él quien me puso ese mote—, que significa «Chin-Chin»<sup>1</sup>, apelando así a mi enorme y altivo mentón. Luego, los restantes calificativos: Achispada, que significa justamente lo que estaréis pensando; la Floreciente, que no necesita explicaciones. He respondido a muchos nombres. Aunque en estas cosas, al igual que en otras, no le voy a la zaga.

Se dio a sí mismo el nombre de Estrella Polar y el de Dios del Trueno; se hacía llamar el Viejo Loco por la Pintura; se ha bautizado y rebautizado a sí mismo más de veinte veces. Para mí es, simplemente, el Viejo.

Hay quien dice que el Viejo es un hombre de trato difícil. No estoy de acuerdo con eso. No es un hombre difícil.

---

<sup>1</sup> En inglés, la palabra *chin* significa «barbilla». Pese a las connotaciones que tiene en la lengua japonesa el vocablo «chin-chin», hemos preferido mantener el apodo en el idioma original, al igual que la autora, por su sonoridad típicamente nipona, pero el lector deberá tener en cuenta a lo largo de la novela que se trata de una referencia al pronunciado mentón de la protagonista. (*N. del T.*)

Es más bien imposible.

Verdad es que yo tampoco soy fácil. No obedezco órdenes. Me burlo de todo, finjo casi siempre y mi mirada tiene habitualmente el ceño fruncido. Dicen que no he recibido la educación apropiada para una mujer. Los más condescendientes culpan a mi padre de tal fracaso. Es un escándalo.

—Pinta, pero no borda —dicen.

¡Ja! Bien podría ser ése mi epitafio. Quizá llegue a serlo. Pero antes tendrían que encontrar mi tumba para saberlo.

Y eso no es tarea fácil.

## EDO, 1800

VINE AL MUNDO.  
En los húmedos pétalos de la violeta matutina. En el fragor de la ciudad. Entre el ingente número de ciudadanos de un sólo nombre.

La tierra era plana.

Gobernaban los *shogun*.

Aquél era un régimen virtuoso, un régimen benévolo, y no ocurría nada que se saliera de lo ordinario.

Grité. ¿Y por qué no? Tras Miyo y Tatsu, yo era Ei, la tercera hija de un artista sin dinero. La primera esposa de mi padre, que le dio las dos primeras hijas y también un hijo, había muerto. Mi madre era la segunda mujer que ocupaba el cargo.

Me miró con recelo, examinándome: era su primera hija y la cuarta de él.

—Tiene las orejas grandes —dijo mi padre con entusiasmo. Me tomó en los brazos—. ¡Es hija de su padre!

Mi madre no parecía tan dichosa:

—Las orejas grandes dan buena suerte a los hombres. Pero no a las mujeres.

—Parece un perrito, es como un pequinés —dijo—. ¡Y mira esto! —Me propinó unas palmaditas en la barbilla, peculiarmente grande—. La llamaré Ago-Ago.

Chin-Chin. Se le mostraba a mi madre así otro de mis defectos. Se volvió aún más infeliz. Yo, por el contrario, me convertí en un ser todavía más rebelde y levanté aún más mi barbilla.

—Hay mucho carácter en ese semblante —dijo mi madre—. Habrá que doblegarla.

Pero mi padre reía tan dichoso como complacido. Su risa era como la leche materna para mí. Cuando me tomó en sus manos, supe que sería suya para siempre.

Era como si nunca antes hubiera visto un niño de pecho. Me dio de comer agua de arroz con la punta de un dedo. Confeccionó un pequeño peto y me cargaba contra sus costillas o en su espalda mientras trabajaba. Desde aquel día nos hicimos inseparables. Nos abríamos paso entre la bulliciosa multitud de nuestra floreciente ciudad como carpas entre los juncos. Solía decir que yo era su amuleto de la buena suerte. En lugar de doblegar mi carácter, lo hizo más fuerte.

Y yo nunca cerraba mis oscuros ojos.

Durante varios años me llamaría Ago-Ago, cuando se acordaba, pero más a menudo se limitaba, simplemente, a llamarme.

—¡Ey, tú! ¡Ven aquí!

Vine al mundo en tiempos difíciles.

Nosotros, la gente de ciudad, vivíamos una vida sin sobresaltos pero tampoco sin muchas alegrías. No teníamos derecho a nada, a menos que podamos considerar como un derecho el ser testigos obligados del desfile del gran *shogun*: la marcha del sentenciado hacia el Área del Castigo, cargando sobre el hombro un letrero donde se ilustraban los más sórdi-

dos pasajes de sus crímenes. Nos alimentábamos de arroz integral y de los relatos, apenas susurrados, que se narraban sobre pobres desdichados que se suicidaban por amor. Las bocas de nuestros actores eran tajos cárdenos. Nosotros, los *chonin*, teníamos un sólo nombre y ningún rostro.

En los años anteriores a mi nacimiento había un artista llamado Sharaku. Pintaba rostros gargantuescos de un blanco que casi dolía mirar, en el cual se trazaban tan sólo unas profundas líneas de color negro a modo de ojos y unas bocas capaces de expresar la ira, el miedo o la codicia. Pero poca gente adquiriría sus dibujos —resultaban, me temo, demasiado familiares en su realismo—, y no pasó mucho tiempo hasta que Sharaku y su obra desaparecieron sin dejar rastro. Hubo gente que afirmó que se trataba de un actor *nob* que había muerto por envenenamiento a causa del maquillaje blanco que utilizaba para la cara. Otros aseguraban que Sharaku era mi padre. Dijeron que tras aquel primer fracaso cambió de nombre y siguió su maltrecha existencia, y la prueba de que había sido Sharaku era, precisamente, que jamás había vuelto a pintar un rostro.

Ignoro si tal cosa es cierta. Mi padre me contó muchas cosas, pero no ésa.

Sin embargo, era verdad lo que se decía de los rostros: mi padre podía dibujar cualquier cosa que se moviese, y muchas de las que no lo hacían: bailarines, elefantes, remeros, montañas, dioses y demonios. Las cascadas en que rompían los ríos y las ondas del mar se detenían a posar para sus pinceles. El monte Fuji le permitió ser testigo de sus cien diferentes semblantes. Pero nunca pintó una cara. Ojos, narices y bocas no eran para él sino unas cuantas líneas sesgadas y cortadas, pero nada más. Quizá los rumores eran ciertos y en su opinión las caras no se vendían. Quizá quería marcar las distancias con su pasado. Quizá, quién sabe, de quien quería distanciarse era del

resto de sus congéneres. Así pues, para él carecíamos de rostro, y no éramos más que unas espaldas doblegadas y unas nalgas tensas, unos muslos delgados y unos pies con los dedos arrugados, todo para elevar hacia el cielo unos torsos de bailarina.

Oh, pero tales eran nuestros cuerpos. Tales eran sus bien perfiladas bellezas. Eran nuestras posesiones más preciadas. Era a través de los cuerpos como nos convertíamos en personas. Antes de que yo naciese ni siquiera éramos humanos, a juicio de nuestros maestros. Los *bakufu* —un Gobierno emplazado en una modesta tienda de campaña, en pleno campo de batalla, doscientos años atrás— eran quienes mantenían al *shogun* de Tokugawa en el poder. Pero a medida que el tiempo discurría con su liviandad de haiku, los *bakufu* discurrían con él. No había guerras; no peleábamos espada en mano, al menos. Peleábamos con palabras y dibujos. Nuestros dibujos y nuestros pequeños libritos de cuentos infantiles costaban un dineral. Pero de ellos emanaba un misterioso poder. Nos proporcionaban noticias, cotilleos, fama y recuerdos. Celebraban los únicos placeres que nos eran permitidos: el teatro kabuki, diversos devaneos amorosos y alguna que otra concesión para nuestros cuerpos.

El *shogun* de Tokugawa nunca nos hubiera atacado directamente; éramos muchos como para atreverse a hacerlo. Pero eso no significaba que sus fuerzas se quedaran cruzadas de brazos: atacaban a los mensajeros, nuestros dibujos; los calificaban de «decadentes» y trataban de destruirlos.

Pensemos en el inmenso poder de un samurái ejercido sobre esas frágiles láminas de papel. Me producía risa, y no era para menos. Los dibujos y las palabras no hacen daño a nadie, salvo a aquellos que temen a la Historia. Los *bakufu* dirigían sus leyes contra nuestro pequeño e insustancial universo. No se permitían los dibujos del Tokugawa. Cualquier alusión a la ma-

nera en que el *shogun* se había hecho con el poder estaba castigada con la muerte. El hambre y las inundaciones podían devastar el país, pero el simple hecho de describir tales calamidades representaría una crítica al *shogun*, que regía los ciclos celestes del mismo modo en que regía a las criaturas terrenas. Así pues, nada había que decir al respecto.

Por nuestra parte, dábamos toda la impresión de ser obedientes. Nos contábamos relatos de fantasmas y repetíamos entre susurros las leyendas del pasado, y acudíamos de tarde en tarde al teatro para ver las historias de amor de las grandes cortesanas. Creíamos firmemente en criaturas ultraterrenas: demonios, dioses y fantasmas. Nuestros cotilleos viajaban en susurros de boca en boca, así como en noveluchas de papel barato. Cantábamos y bailábamos y confeccionábamos vestidos escandalosos. Los matones *bakufu* ponían en circulación sus ordenanzas y recrudescían sus actos represivos. Aquello no nos arredraba, pero tampoco ellos cejaban en su empeño. Conformaban el terco telón de fondo de mi existencia, desde mi primer llanto hasta la edad madura, cuando ya me hice demasiado vieja como para preocuparme por lo que hacían. Y luego, de repente, desaparecieron. Pero eso lo contaré al final de mi historia.

Esto es el principio. La pequeña corrala de vecinos. La esterilla en la que dormíamos, hombro con hombro; el anaranjado sol que cubría los humeantes cielos al romper el día.

Mi nacimiento fue fruto de la suerte, pero también, en cierto sentido, de la desgracia. De la suerte porque nací en el centro de esta magia: las palabras de mi padre me definieron en primer lugar, así como luego lo harían sus dibujos. De la desgracia porque vivía a la sombra de un poder mucho más inmenso. Y era mujer, en aquella terrible época. Suerte y desgracia.

Así se escribe la historia de Ei.

Estaba echada en la estera, en la húmeda y gélida oscuridad que reinaba en el pequeño cuarto que compartíamos. Mi padre trabajaba a la luz de una lámpara de aceite. Se incorporó entonces y sopló para apagarla. Abrió la puerta para encarar la noche. El cielo se desplumaba en penachos de nieve, una nieve ligera e ingravida que parecía haber sido hecha por los propios ángeles. Blandamente sepultaba los tejados con su blanco manto, dejando contra el perfil del mundo sólo la delgada y oscura silueta de los tilos.

Me cogió en brazos y me sacó de la casa para que contemplase con él aquella conmovedora escena. Levantamos la vista hacia el cielo. La nieve caía a plomo por entre las ramas de los árboles. No había hojas que pudieran embolsarla. Se fundía en las lámparas. Se amontonaba a los pies de mi padre y revestía el suelo hasta absorber su color, y luego se derretía, haciendo que sobre la tierra quedase únicamente un resplandor feérico.

Yo seguía en brazos de mi padre, nutriéndome de su calor, sintiendo sólo el frío en los copos que acariciaban mis ojos, mis mejillas y mis labios. Saqué la lengua para saborear la nieve. Me reí al sentir aquel frío al tiempo que percibía el calor de mi padre. ¡Qué segura me encontraba! ¡Cuán amada! Éramos un solo cuerpo, una sola persona.

La nieve era un regalo. Me lamí los labios, pues allí adquiriría un sabor más dulce. Mi padre se limitaba a mirar y suspirar. Supuse que era a causa de la felicidad que lo embargaba al abrazarme. Ahora, sin embargo, sé que no era así: se preguntaba cómo podía captar la esencia de la nieve y transportarla a la página en blanco. Pero me sentía segura en mis ilusiones.

—¿Qué hora es? —preguntó mi madre.

—Es la Hora de la Rata —respondió mi padre—. La hora del romance —y dicho aquello musitó entre dientes—: o la hora de evitar el romance.

Suspiró y levantó la vista, buscando sus estrellas favoritas. Pero la nieve y la oscuridad las ocultaban.

A veces cuesta mantener la ilusión.

—Incluso una cortesana puede tomarse su tiempo —dijo—, hasta que la necesidad la impele a buscar la compañía de un cliente. Puede mirarse atentamente al espejo o poner orden en sus vasos vacíos. Pero no puede retrasarse mucho: esta es la hora. La hora de la tiranía y del amor.

¿Qué quiso decir con aquello?

—¿Vas a pasar? —preguntó mi madre de nuevo.

Tras aquello, mi padre rio. Yo conocía su risa mucho mejor que la mía. Era una risa desganada, sin alegría, una risa que lo decía todo y no suponía nada. No era un romántico. Reía como si fuera libre, y reía con rudeza porque en realidad no lo era.

—¡Aún no! Presiento que se avecinan noticias.

—¿Y qué? —protestó mi madre—. Eso nada tiene que ver contigo.

Oímos unas pisadas, unas pisadas sobre la piedra húmeda. El hombre de las noticias, como lo llamábamos, apareció de la nada con la cabeza cubierta por un capuchón y corrió por las calles, deteniéndose en cada puente para pregonar las nuevas que traía; luego volvía a cubrirse y se perdía otra vez en la oscuridad. Se trataba de un anónimo corredor del *Kawara-ban*, un pequeño diario que se publicaba de tanto en tanto. Su misma existencia era ilegal: no se nos permitía conocer las noticias. Con todo, el hombre de las noticias recorría la ciudad a la carrera durante la noche, quizá para alertarnos de la hambruna procedente de los pastos del norte. O de las revueltas a causa de la falta de arroz en el sur. Terremotos e incendios en los otros extremos del camino, ya fuera en Osaka o Kyoto. Arrestos y a menudo muertes. Escándalos provocados por los oficia-

les corruptos de la gran ciudad. Había quien decía que aquellas historias no eran otra cosa que rumores e infundios. Pero nosotros, los que observábamos los caminos que desembocaban en la ciudad —la más grande del mundo—, podíamos confirmar aquellos desastres en el rastro de campesinos hambrientos que a menudo nos salían al paso.

El hombre de *Kawara-ban* se acercó un poco más. Yo podía distinguir su oscura forma a través del manto de la nieve. Supuse que tendría miedo. Pero mi padre me dijo que no, que no sentía ningún temor. Simplemente, hacía su trabajo.

Ahora sé que aquello no era cierto. Por supuesto que tenía miedo. Todos teníamos miedo; prácticamente se exigía que el miedo fuera algo consustancial en nosotros. No sentir miedo era una ofensa a la ley. Pero algunos parecían no sentir miedo. Mi padre era uno de ellos. También él hacía su trabajo.

En aquel momento, alcanzamos a escuchar la voz del hombre de las noticias. Comprendí el tono de sus palabras, pero no el significado.

—¡Aguardad a mañana! Será anunciado un nuevo edicto. Nuevas prohibiciones. Artistas y escritores, tened cuidado. ¡Aguardad a mañana!

Mi padre me apretó un poco más contra su pecho. Murmuró una oración.

Nos fuimos a dormir.

Llegó la mañana. Una capa de nieve nos cubría a nosotros y a todo cuanto nos rodeaba. Era ciertamente hermoso. Rebañé con los dedos lo suficiente para hacer unas pequeñas bolitas y me las metí en la boca. Nos acercamos al poste de los carteles y mi padre leyó en voz alta, deteniéndose frecuentemente para recalcar o puntualizar algún detalle concreto. Un grupo de mu-

jeres, incapaces de comprender los caracteres, no tardaron en rodearnos.

*Escuchad el nuevo edicto del alto concejal, pues habla con la autoridad del shogun.*

*Hubo libros en tiempos pasados, pero ya no son necesarios. Año tras año la gente se ha embarcado en tareas inútiles, incluyendo la producción de libros artísticos, y ha cobrado sumas ingentes por sus trabajos. Esto es en sí un terrible desperdicio.*

*La publicación de nuevos libros será considerada estrictamente innecesaria e indeseable si contienen ideas o conceptos ajenos a la ortodoxia.*

*Los libros de amor no son buenos para la moral pública.*

*Los libros para niños que se enmarquen en la antigüedad serán igualmente considerados indeseables.*

*Revisaremos y censuraremos toda obra a publicar, incluso los libros de dibujo, los libros académicos y las novelas. El signo del censor —en la forma de un sello circular con el ideograma kiwame— debe aparecer junto con el sello de la imprenta tras la debida inspección, y ser grabado en los moldes de imprenta.*

*Los dibujos que no superen el juicio de los censores serán confiscados y quemados. Los moldes serán destruidos. Aquellos que no obedezcan estas órdenes serán llevados a juicio.*

*Si se considera necesario publicar un nuevo libro, se debe realizar la oportuna investigación del caso en la oficina del Comisionado de la Ciudad.*

*No se darán nuevos avisos. Se recuerda a los ciudadanos que este decreto ya tuvo lugar en el pasado. La prohibición sigue adelante. No habrá más «registros fidedignos» como los que podían obtenerse en las bibliotecas de préstamo. No son más que registros de rumores infundados y como tales serán tratados. Las bibliotecas de préstamo serán cerradas.*

—Y bla, bla, bla —dijo mi padre a las mujeres—. A ver un poco más adelante... Pasaré directamente a leerlos el final.

Se agitaron y protestaron: querían escucharlo todo.

—Estoy obviando esta parte —dijo, señalando una columna de caracteres—. Después, todo termina en una simple arenga.

*El alto concejal quiere insistir en su resolución y asegura que esto observa los preceptos de la Vieja Escuela. Estamos olvidándonos de lo que distingue aquello que debe ser apreciado de lo que debe ser despreciado. El pueblo desea imitar a sus mayores y ser mejor. Hay que acabar con eso. Arrancaremos de raíz la corrupción y la lasitud y reforzaremos la austeridad y la moralidad. Libraremos al Japón de todo interés privado y de los destructivos poderes de la pasión y el deseo.*

El texto terminaba ahí. Mi padre se volvió para dirigirse a las mujeres con una teatral reverencia. La gente no sabía si reír o llorar.